

El Reino de los Gatos de Cristal

Había una vez una niña llamada Sofía que adoraba los gatos más que nada en el mundo. Tenía peluches de gatos, dibujos de gatos y hasta un diario donde escribía historias sobre ellos. Pero lo que nunca imaginó era que un día descubriría un mundo donde los gatos eran más mágicos que cualquier cuento que ella pudiera inventar.

Todo comenzó una tarde de lluvia. Sofía estaba aburrida en su habitación cuando vio que su gato, Pelusa, estaba maullando en un rincón del jardín. Lo curioso era que maullaba hacia una pequeña puerta de madera, oculta detrás de un rosal.

—¿Desde cuándo está esa puerta ahí? —se preguntó Sofía.

Con mucho cuidado, empujó la puerta, que crujió como si no se hubiera abierto en cientos de años. Al otro lado había un sendero cubierto de niebla, iluminado por un resplandor azul. Pelusa corrió dentro sin dudarlo, y Sofía, sin pensarlo dos veces, lo siguió.

Cuando cruzó la puerta, sintió que caía suavemente, como si el viento la abrazara. Al abrir los ojos, se encontró en un valle enorme con montañas de cristal brillante. El cielo tenía tres soles y el aire olía a vainilla y canela. Pero lo más sorprendente era que había gatos de todos los tamaños y colores caminando en dos patas, vestidos con pequeñas capas doradas y coronas diminutas.

—¡Bienvenida al Reino de los Gatos de Cristal! —dijo un gato gris con ojos dorados.

—Soy el Rey Felinus III. ¿Cómo llegaste aquí?

Sofía no podía creer lo que veía. ¿Gatos que hablaban? ¿Un reino entero solo para ellos?

—Mi gato Pelusa me guió hasta la puerta... pero yo no sabía que esto existía —contestó, aún sorprendida.

El rey Felinus III asintió con sabiduría.

—Solo los humanos con un corazón puro y amor verdadero por los gatos pueden encontrar la puerta. Pero llegas en un momento peligroso, Sofía. Nuestra ciudad está en peligro.

—¿Peligro? —preguntó Sofía, preocupada.

El rey la llevó hasta el palacio, donde le mostró una enorme bola de cristal. Dentro de la bola, se veía un bosque oscuro lleno de sombras.

—El temible Zarpanegra, un gato malvado hecho de sombras, quiere robar la luz de nuestro reino. Si lo logra, todo el cristal se romperá y nuestro hogar desaparecerá. Solo alguien con un corazón humano puede detenerlo.

Sofía tragó saliva. ¡Eso sonaba muy peligroso! Pero también emocionante.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó con valentía.

El rey le entregó un collar con una piedra azul que brillaba como el cielo.

—Este es el Corazón de Cristal. Solo alguien valiente y bondadoso puede usar su magia. Pero debes tener cuidado. Zarpanegra intentará engañarte.

Sofía tomó el collar y, junto a Pelusa y un grupo de gatos valientes, se adentró en el bosque. Cuanto más avanzaban, más oscuro se volvía todo. Árboles con ramas retorcidas parecían susurrar cosas extrañas. Entonces, una voz resonó entre los troncos.

—Sofía... ven aquí... te daré algo maravilloso...

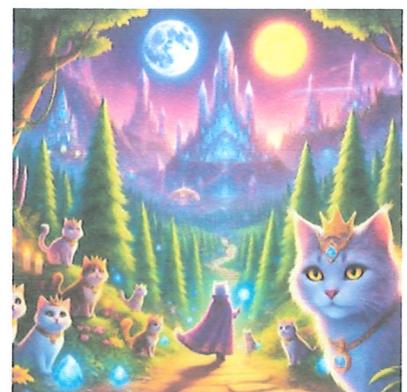
Era una voz suave y misteriosa. Y de repente, frente a ella, apareció un gato enorme con ojos rojos brillantes. Zarpanegra.

—No necesitas ayudar a esos gatos tontos —dijo con una sonrisa malvada—. Ven conmigo y te daré un reino solo para ti. Todos los gatos te obedecerán.

Por un momento, Sofía pensó en lo increíble que sería eso. Pero luego miró a Pelusa y a los demás gatos, que la miraban con esperanza. Sabía que no podía traicionarlos.

—¡No me engañarás, Zarpanegra! —gritó, sosteniendo el collar.

La piedra azul brilló con una luz tan fuerte que el bosque entero se iluminó. Zarpanegra gritó y trató de escapar, pero la luz lo envolvió y poco a poco su sombra se desvaneció hasta no quedar nada.



El bosque se llenó de luz y los árboles volvieron a ser verdes y frondosos. Sofía y los gatos regresaron al reino, donde fueron recibidos con alegría y gratitud.

—Has salvado nuestro hogar, Sofía —dijo el rey Felinus III—. Siempre serás bienvenida aquí.

Sofía sonrió. Sabía que nunca olvidaría esta aventura.

Cuando cruzó la puerta de regreso a su mundo, despertó en su jardín, con Pelusa a su lado. Todo parecía igual... excepto por el collar azul que aún tenía en su cuello.

Desde ese día, cada vez que miraba la puerta del jardín, sonreía. Sabía que, en algún lugar, el Reino de los Gatos de Cristal la esperaba por si alguna vez necesitaban su ayuda otra vez.

Fin.

Seudónimo: Bella Stitch